

*Rubén Bonifaz Nuño*

# De otro modo el hombre

Josefina Estrada

*A sus ochenta y seis años —cumplidos en estos días— Rubén Bonifaz Nuño es uno de los grandes poetas de la literatura mexicana. Además de la poesía, su pasión ha sido la UNAM, de la que es profesor e investigador emérito. Precedida de un texto de Sandro Cohen, Josefina Estrada nos entrega una entrevista resultado de treinta años de la frecuentación del poeta donde Bonifaz, en primera persona, revela algunos pormenores de su vida y de su obra.*

*Qué insufribles, a veces, las virtudes de la buena memoria; yo me acuerdo hasta dormido, aunque jure y grite que no quiero acordarme.*

Rubén Bonifaz Nuño  
*Fuego de pobres*

RUBÉN BONIFAZ NUÑO: EL HOMBRE DETRÁS DE LAS LETRAS

Rubén Bonifaz Nuño es uno de los poetas fundamentales del siglo XX en lengua española y, por ende, de la literatura universal. A pesar de que es un hombre accesible y de buen humor, pocas personas lo conocen bien porque ha dedicado su vida a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) —como funcionario y también como profesor— en perjuicio de su propia fama. Aunque siempre ha tenido amigos muy cercanos (en su juventud fueron Ricardo Garibay, Fausto Vega y Jorge Hernández Campos, y a partir de los sesenta años, Carlos Montemayor, Marco Antonio Campos, Bernardo Ruiz, René Avilés Fabila, Vicente Quirarte, Raúl Renán, Josefina Estrada —autora de esta larga y reveladora en-

trevista—, y hasta yo mismo me congratulo por tener el privilegio de serlo), nunca ha deseado fundar ni ser parte de grupos literarios como los que tuvieron mucha influencia tras la consolidación de la Revolución Mexicana, y que vieron su máximo esplendor durante los años setenta, ochenta y parte de los noventa, cuando epígonos de toda especie libraban verdaderas batallas de ninguneo y beatificación literaria desde las páginas de suplementos y revistas. Algo muy importante, sin embargo, podemos decir en favor de estas publicaciones, lo cual las justifica plenamente: se trataba de periodismo *vivo* donde sí se practicaba la crítica literaria y donde sí se podía hablar de literatura, política y hasta de política literaria sin cortapisas, actividad que actualmente se ha trasladado al ciberespacio como resultado de la anemia de la mayoría de las revistas y suplementos literarios que circulan hoy en día.

Rubén Bonifaz Nuño, a diferencia de muchos otros, siempre se ha llevado respetuosa y cordialmente con sus

contemporáneos y mayores, pero nunca manifestó el deseo de participar en los banquetes del poder literario. Como consecuencia de su decisión de no participar en las guerras culturales, se mantuvo durante años a la sombra de otras figuras mucho menores. Más le importó dirigir la moderna Imprenta Universitaria, fomentar una colección inigualada de literatura clásica —la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana—, fundar el Instituto de Investigaciones Filológicas, seminarios dedicados al estudio de la antigua cultura mexicana y mucho más. En otras palabras, Bonifaz Nuño ha sido un hombre de trabajo, y como parte de ese trabajo ha escrito su vasta obra poética, de traducción y de investigación. Ahora, al cabo de más de sesenta años de laborar amorosamente por el bien de la literatura, no debería sorprendernos la indiscutible calidad y solidez de su aporte y —al mismo tiempo y por desgracia— el que los jóvenes lo vean como una especie de monumento lejano e intocable.

Esto no ha sucedido por voluntad del poeta. Desde que lo conocí en 1980 porque coincidimos en un viaje a Nueva York para dar conferencias sobre literatura mexicana, Rubén Bonifaz Nuño ha sido uno de los hombres más abiertos, solidarios, francos y amables con los cuales he tenido el placer de convivir. En aquel entonces aún se movía sin mayores dificultades. No obstante, a partir de los años ochenta, el poeta empezó a perder la vista por una enfermedad congénita y progresiva, retinitis pigmentosa, la cual ha restringido cada vez más su libertad de movimiento. Por fortuna, todavía en las décadas ochenta y noventa, haciendo grandes esfuerzos, aún pudo hacer numerosos viajes a los diferentes estados del país donde pudieron conocerlo, aunque fuera en una presentación o lectura pública, muchos cientos de jóvenes que ahora atesoran esa suerte.

De ahí el enorme valor de esta entrevista de la narradora Josefina Estrada, quien conoce a Bonifaz Nuño desde hace casi treinta años. Con él ha compartido mesas y viajes, chistes y chismes, alegrías y tristezas, como lo hacen todos los amigos que de veras lo son. Pero me consta que desde hace muchos años le ha preocupado a Estrada el que no se llegue a conocer *la vida* de Rubén, pues él siempre ha sido parco al hablar de sí mismo en público, amén de que ha dado poquísimas entrevistas —las mejores han sido de Marco Antonio Campos—, y en ellas suele hablar de literatura, casi nunca de sí mismo. ¿Cómo es posible —se preguntaba Estrada— que no sepamos casi nada de la biografía de uno de los grandes poetas del siglo XX?

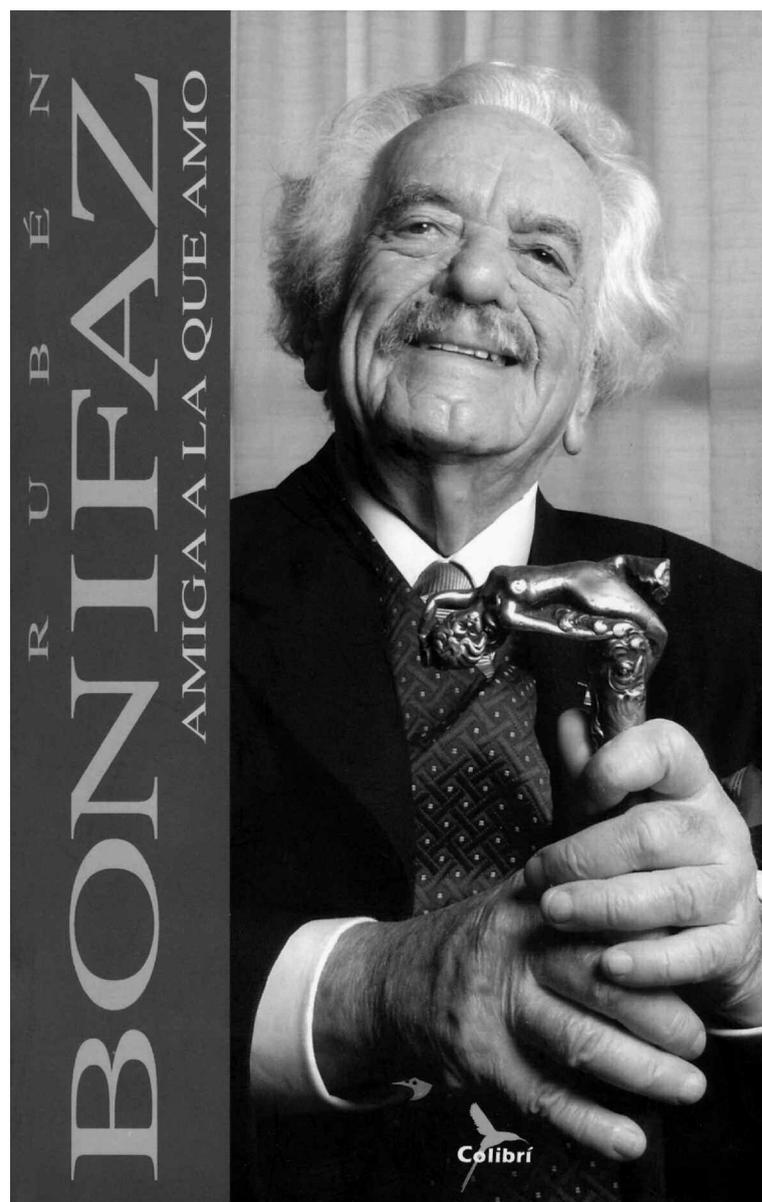
Entrevistadora perspicaz, Estrada nos entrega una verdadera delicia, pues ha logrado que el poeta relate episodios clave de su infancia; habla de sus hermanos y hermanas, de sus padres; de las primeras lecturas, de sus años de primaria y secundaria, de sus maestros...

Descubrimos al niño Rubén, tan tímido, maravillarse ante el heroísmo de personajes literarios que se convertirían, para él, en modelos de comportamiento que sigue hasta la fecha.

En estas páginas el poeta nos descubre cómo fue formándose su mundo espiritual, intelectual, literario y académico. Somos testigos de sus primeros encuentros con la poesía española y latinoamericana, de su deseo de dominar el oficio de poeta desde muy joven, de sus participaciones en los Juegos Florales de Aguascalientes y cómo conoció a Agustín Yáñez, quien lo ayudaría a ingresar en la Academia Mexicana de la Lengua.

Además, el poeta nos habla —creo que por vez primera— de momentos muy importantes en su vida personal: amores, amistades y desamores, y cómo todo esto ha influido en su poesía. Nos damos cuenta de cómo sentimientos —tan comunes como sublimes, naturales en todo el mundo— llegaron a traducirse al lenguaje poético propio e inconfundible de Rubén Bonifaz Nuño.

Y tal vez lo más importante: en estas páginas el poeta habla de su obra, de cómo y por qué fue escribiendo los



poemas de cada uno de sus libros, desde *La muerte del ángel* hasta *Calacas*, su libro de poesía más reciente, sin soslayar la importancia de la UNAM en su temperamento, formación y cosmovisión.

Tengo más de treinta años de estar leyendo la poesía, las traducciones y los ensayos de Rubén Bonifaz Nuño, y gracias a esta entrevista estoy dándome cuenta por primera vez de toda una serie de avenidas secretas que antes sólo sospechaba, sobre todo en su obra en verso. Lo que en un momento pudo parecer capricho de poeta, ahora se me revela como la manera más clara y sencilla que el poeta ha tenido de ser fiel a su propia realidad interior. Estrada ha logrado que, en el espacio intenso de esta entrevista, se nos abra de par en par la poesía de Rubén Bonifaz Nuño. Es como si lo conociéramos de nuevo, y de manera aún más entrañable.

SANDRO COHEN

#### RETRATO HABLADO DE RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Cada jueves, a lo largo de cuatro meses, Rubén Bonifaz Nuño me recibió en su oficina de la Planta Alta de la Biblioteca Central de la UNAM: un espacio luminoso

donde se veía por el ventanal la parte norte de Ciudad Universitaria. Lo encontraba sentado, frente a una mesa con ruedas que su asistente Paloma desplazaba en cuanto anunciaba mi presencia. Y se ponía de pie lenta y trabajosamente aunque yo le pedía que no lo hiciera. Pero él no me hacía caso y obligaba a sus rodillas a sostenerlo: el caballero eterno que se pone de pie para recibir a las damas, como lo ha hecho decenas de veces en los restaurantes donde los amigos nos hemos reunido a lo largo de veinte años.

Nos juntábamos sin motivo alguno hasta que se instituyó que todos los 10 de mayo nos reuniríamos para celebrarlo porque él era nuestra *cabecita blanca*. Y para demostrarle nuestro cariño abnegado cruzábamos la ciudad en el día más caótico, cuando parece que en avenidas y bocacalles se desplazan lentas serpientes. Los anfitriones eran Carmen Carrara y Vicente Quirarte. A esas comidas acostumbraban asistir Henrique González Casanova y Fausto Vega. Bernardo Ruiz y su esposa Virginia, con sus hijos: Pablo y Patricio. Raúl Renán. Mi esposo Sandro Cohen y nuestros hijos: Nathanael, Yliana y Leonora. Los niños veían a Rubén como un señor que lo mismo les hablaba de los pitufos que del juguete de moda.

Cuando Rubén cumplió sesenta años la cita fue en nuestro departamento de Tlatelolco. Rubén tocó en el piano la sonata *Claro de luna*, de Beethoven. Por varios meses, Nathanael, que entonces tenía cinco años, le pedía a Sandro que tocara la “canción de Bonifaz”. En esa ocasión, Sandro ejecutó al piano un preludio de Bach, y dijo, por la admiración que le causaba y sin percatarse de la simetría en las edades de Bach y Bonifaz Nuño: “¡Esa pieza la compuso Bach cuando era un viejito de sesenta años!”. *Off the record*, Rubén me comentó: “Lo bueno es que ya falta poco para que Sandro también sea un pinche viejito de sesenta años”. Aunque Sandro nunca empleó el término *pinche* esa noche, la frase, como la recuerda Bonifaz, se volvió parte del folclor de esa reunión.

Cuatro años después, en el amplio jardín de Carmen Carrara festejamos los sesenta y cuatro años de Rubén, donde por supuesto, se tocó, al momento de partir el pastel, la melodía de los Beatles, “When I’m Sixty-Four”.

La mañana del 6 de noviembre de 1984, a un lado de *Excelsior*, los poetas Guillermo Fernández, Vicente Quirarte y Rubén fueron nuestros testigos de boda. Iban vestidos con la elegancia necesaria que ameritaba la ceremonia. Entré al Registro Civil un momento, cuando salí me topé con la extraña escena de verlos comiendo festivamente tamales en plena Avenida Reforma. Vieron pasar una bicicleta con tamales y le hicieron la parada.

Hubo un tiempo en que a Rubén le dio por jugar al envidioso. Los jueves que nos veíamos en la taquería La lechuga, me decía: “Oiga, doña Josefina, ya déjenos

© Sandro Cohen



Rubén Bonifaz Nuño en Monte Albán, ca. 1985

## DE OTRO MODO EL HOMBRE

I

algo. Todo lo acapara usted. Ya no puedo abrir el periódico sin que usted esté ahí amargándome el día. Ya sea que me encuentre con su colaboración o le hacen una reseña o una entrevista. La atención que dedican a usted, me la quitan a mí”. Y se carcajeaba con su risa franca, de dientes grandes y parejos.

Estar con Rubén era desatar el relajo puro, decir chistes y simplezas. Muy rara vez se hablaba de literatura. Y nunca se leyó trabajo alguno. Sólo se intercambiaban los libros más recientes de los asistentes. En contadas ocasiones, Rubén narró algunas escenas de su vida, pero esos breves fragmentos despertaron mi curiosidad. Me asombraba que recordara tantos pasajes de sus lecturas infantiles. A lo largo de varios años le solicité una entrevista, pero siempre declinó. Seguí insistiendo hasta que accedió. “A ustedes no les puedo negar nada”. Entendí que se refería a Sandro y a mí. Sus palabras, quizás, eran en correspondencia al homenaje que Sandro le había hecho con la creación de la colección de poesía en Editorial Colibrí, la cual lleva en la portada el retrato de los autores sosteniendo el bastón *Art nouveau* de Rubén, una de sus preciadas antigüedades. El título de la colección lleva el nombre de uno de los libros de Rubén, *As de oros*; además, porque debía coincidir con el rubro de las colecciones, las cuales siempre hacen referencia a un color.

La presencia de Rubén siempre nos ha acompañado en casa. Poseemos un hermoso retrato a lápiz del rostro de Rubén de principios de los ochenta, dibujado por el pintor Rafael Hernández Herrera, el cual ha sido ampliamente reproducido en carteles y en la portadilla de la antología *Rubén Bonifaz Nuño para jóvenes*, recopilada por Sandro.

Aquí está el resultado de más de diez horas de entrevista. Y ciento cincuenta páginas de transcripción. Nuestros hijos ahora tienen la edad en que conocimos a Rubén. Bernardo tiene nietos. Se nos adelantaron Ricardo Garibay —quien siempre es motivo de conversación entre Rubén y yo— y Henrike González Casanova. Y la ceguera de Rubén, por todos tan temida, llegó. Desde la oscuridad que lo rodea, recuerda y habla de sus pasiones y su infancia. Mientras recuerda, me pide que le encienda cigarros que nunca termina. Su límite son cuatro cigarrillos diarios. En la mesa rodante hay un cenicero, un vaso de agua y una bolsita de piel donde guarda su aparato para oír. No siempre lo usa. Hubo días que conversó animadamente. Hubo otros en que fue parco, agobiado por el insomnio. Y yo me retiraba con pocos minutos de grabación. Lo más grato de estos días era tener una cita con Rubén y abrazarnos al despedirnos. Y llevarme en mi mejilla y labios su varonil fragancia, su loción Fahrenheit.

JOSEFINA ESTRADA

Mis papás fueron Rubén Bonifaz Rojas y Sara Nuño Scott. Mi padre era telegrafista; su oficio consistía, en esencia —y yo lo heredé—, en comunicar a las gentes entre sí. Desde que mis recuerdos son claros, la oficina del telégrafo estuvo en la casa donde vivíamos, la renta de ésta formaba parte del sueldo del telegrafista. Como eran los tiempos de la Revolución, mi padre, como empleado del gobierno, estaba en los lugares a donde se le mandaba. Por ejemplo, yo fui concebido en Acapulco, donde en aquel momento estaba a su cargo la oficina del telégrafo. Y nací en Córdoba, Veracruz, adonde él fue enviado. De ahí, por semejantes razones, pasé a Pénjamo, Guanajuato, donde nacieron mis hermanas. Fue entonces cuando mi hermano Ángel se trasladó a México para estudiar. Y después nos vinimos a establecer todos, aparte de mi padre, en una vivienda de la colonia Guerrero. La primera habitación que recuerdo es precisamente esa vivienda, en la calle de Mina. Eso me permitió presenciar, en 1927, los últimos sucesos de la Revolución Mexicana. Yo veía cómo pasaban los condenados a muerte por enfrente de la casa, para ir al Panteón de San Fernando, donde eran fusilados.

En los primeros días que pasé en la ciudad fui al Circo Beas y Modelo donde vi a los hombres fuertes del circo, los hermanos Werner. Vestidos de dorado y de verde, que hacían un montón de cosas increíbles y al compás de la marcha “Barras y estrellas” de los gringos, cuyo nombre supe muchos años después, pero la canción la cantaba yo, porque imitaba los movimientos de los hombres fuertes del circo. También me impresionó la actuación de las hermanas Sedora y Carolina cuyo arte era montar una, en bicicleta; la otra, en motocicleta dentro de una esfera de barras de hierro donde hacían malabares; se cruzaban y la motociclista llegaba a recorrer invertida el techo de la esfera aquella.

Y el otro recuerdo de esos días es cuando mi hermano Juan me llevó un 5 de mayo al Hemiciclo a Juárez a ver a los veteranos de la batalla de 1862, que serían unos diez o doce, uniformados de azul marino y rojo; ya muy viejos todos, formados. El sargento De la Rosa fue el último de ellos en morir.

En 1928, nos reunimos nuevamente con mi padre, llegamos a San Ángel, parte de la actual delegación Álvaro Obregón, a la esquina de Frontera y San Jacinto, que ahora ocupa el banco Banorte. Una casa colonial del siglo XVI o XVII, verdaderamente maravillosa, de paredes de un grosor enorme, ventanas con balcones de hierro, de dos pisos y patio cuadrado con pila en el centro. Tuvimos que dejar esa casa cuando a mi padre se le ordenó que la oficina se cambiara a otra en esa misma calle de Frontera.

Y nos cambiamos. Ésta tenía el número 5 de esa calle y en ella vivimos más de sesenta años, incluso cuando mi padre se jubiló y la oficina tuvo que salir de la casa. Ahí viví mi infancia, mi adolescencia, mi juventud y parte de mi vejez. En ella murieron mi hermana Beatriz, mi hermano Juan y mi madre. Ahora, casi en ruinas, está colmada para mí de memorias, de júbilo y de lágrimas.

Mi madre era muy bonita. Nació en 1888. Según contaba a veces, combatió en la División del Norte con grado de coronel. Recuerdo una fotografía donde ella está rayando un caballo. Decía que con la pistola no valía gran cosa pero el rifle lo manejaba muy bien. Mi madre tenía un inmenso poder de amor. Se sentía ese poder en la atracción que su presencia tenía sobre sus hijos. Nos sentíamos siempre unidos a ella. Todo cuanto de ella recuerdo está poblado de amor y afecto que nos creaba la necesidad de estar con ella. Se dice que todo en las relaciones familiares es chantaje. En mi madre nunca sentí algo que pudiera parecerse a eso. En 1973, cuando iba a cumplir ochenta y cinco años, murió. La vida de mi padre solamente llegó a los setenta y dos años.

Mi familia es larga. Tenía tres hermanos mayores: Ángel, Juan y Alberto. Y dos hermanas mayores: Beatriz y Olga, y una hermana menor: Alma. Los únicos que sobrevivimos somos Olga y yo. Ángel, en aquel tiempo de mi infancia, era estudiante de Derecho. Juan trabajaba en una casa comercial, La Gran Sedería, que estaba en el Centro de la ciudad, en la esquina de 16 de septiembre y 5 de febrero. Él era cobrador de esa tienda. Y tenía que ir de puerta en puerta cobrando. Recorrió la ciudad a pie, de un lugar a otro, haciendo su trabajo. Pero lo que me conmueve más, al recordarlo, es que en los días de Reyes llegaba cargado de juguetes para mí y para mis hermanas. No sé cómo los pagaba. Pero siempre, en ese día, tuvimos juguetes para presumir con los vecinos.

Juan pidió permiso para estudiar y le dijeron que no, que tenía que dedicarse íntegramente al trabajo de la tienda. Mi hermano mayor, Ángel, sostuvo sus estudios trabajando como telegrafista en la noche; el telégrafo, naturalmente, se lo había enseñado mi padre.

Alberto es el hermano mío con quien tuve mayor amistad y cercanía humana. Jugábamos tocando el piano y cantando y haciendo canciones y hacía cosas para entretener a los niños, que éramos mi hermana y yo. Estaba parálítico por haber sufrido de niño la poliomielitis. Era una vida muy sufrida, muy aislada y triste. Él llegó a caminar con mucha dificultad, ya cuando tenía veinticinco o treinta años. Antes de esa edad, la pasó acurrucado porque no podía estirar las piernas. Pero a base de esfuerzos heroicos, ejercicios y disciplinas, que se impuso él mismo, logró estirar las piernas y poder caminar. Pero no tenía trabajo y estaba en la casa. Y él, para hacer algo, aprendió a escribir y llegó a tener una prosa de primer orden. De él aprendí mucho.

Con mi hermano mayor, Ángel, es con quien tuve una relación más lejana. Me ayudó mucho a sostener mis estudios económicamente, pero era de un carácter completamente distinto del mío. Con él no pude nunca tener amistad. Curiosamente, entre mis recuerdos más lejanos y desagradables hay uno que se remonta a mi edad de tres años. Vestía un pantalón de tirantes. Y mi hermano mayor me levantaba y me colgaba en una percha, con gran coraje mío. Y ahí me dejaba un minuto o unos segundos. Posiblemente, de manera inconsciente, todavía le guardo rencor por eso. Mi hermana Beatriz me trató siempre como si yo fuera hijo suyo.

En la infancia no sentí la pobreza porque yo vivía en San Ángel, un barrio donde estaban las fábricas La Alpina, La Hormiga y Loreto. Todos mis compañeros eran de clase obrera. Y yo era igual, exactamente, a ellos.

Después de asistir a la escuela yo era completamente libre. Tenía para mí las calles y los jardines del pueblo donde podía jugar o hacer lo que quisiera, con mis compañeros, o yo solo. Había una época del año en que la calle —donde estaba mi casa—, en las noches, se llenaba de luciérnagas. Además de dar un espectáculo fabuloso eran facilísimas de capturar. Yo quería ver dónde tenían la luz: era en los fragmentos interiores del abdomen. También me gustaba jugar al trompo y a las canicas.

En la primaria tuve, principalmente, dos amigos de mi misma edad. Una amistad que duró entre los siete y los diez años. Uno se llamaba Cecilio Sandoval, y el otro, Amílcar Magaña. Con ellos corrí todo tipo de aventuras en los jardines, yéndonos de pinta al Pedregal de San Ángel, donde había un laguito, el jagüey, en el cual se encontraban ranas y animaluchos de ese estilo. Es el lugar que ocupa ahora el Estadio Universitario, donde aprovecharon el hundimiento del suelo para poner ahí los campos deportivos... Pero para llegar ahí era cuestión de horas, de andar entre las piedras y la hierba salvajes, viendo todo tipo de bichos como arañas, culebras, insectos e, inclusive, conejos y alguno que otro avechicho en libertad... Era tierra salvaje el Pedregal de San Ángel. Y ahí íbamos los muchachitos y, entre ellos, mis amigos predilectos: Amílcar y Cecilio. Quién sabe qué se hicieron...

Podía pasearme en las calles tranquilamente. Al mismo tiempo hacía los mandados. Había que comprar mucho pan para mi familia tan grande. Compraba veinticinco centavos de pan; eran dos por cinco: diez piezas por los veinticinco centavos y una de pilón. No había diferencia del precio del pan de dulce y los bolillos. De tal manera que por cinco centavos escogía dos conchas o dos chilindrinas o dos campechanas o dos teleras. También me mandaban a comprar las tortillas y el carbón. La carbonería estaba a un par de cuadras de la casa. Y el carbonero estaba totalmente negro de tizne. Yo llevaba el carbón en una bolsa; cuando había lujo, iba a la car-

nicería y podía comprar, generalmente, cinco centavos de carne común y corriente. Porque un bistec de filete valía diez centavos.

Al mercado de Coyoacán iba una vez al mes con mi mamá y mis hermanas, los viernes, porque ese mercado era mucho mejor que el de San Ángel. Íbamos en camión o en tranvía. El tranvía de San Ángel a Coyoacán era de cuatro ruedas, pequeñito. Había uno de ida y uno de vuelta, que se cruzaban en el Arenal —por donde ahora está el jardín del Monumento a Obregón— porque la vía se duplicaba. Y un tranvía tenía que dejar entrar al de ida o al de vuelta, según el caso, para seguir su camino. El pasaje valía cinco centavos.

A propósito, déjame contarte que cuando se levantó el Monumento a Obregón en el lugar donde fue asesinado, se tumbaron los muros del parque de La Bombilla, que era particular, y se convirtió en Jardín Público, que los niños de San Ángel gozamos de manera indecible. Y de repente nos dejaban subir al monumento. Y desde lo alto del monumento se veía muy limpiamente la Catedral. Eran lugares para mí, en cierta forma, prohibidos porque yo me mareaba mucho en el camión y en el tranvía; de tal manera, que no podía ir a ellos. Además, eso implica que México estaba prácticamente vacío en aquel tiempo: no había ningún edificio que se interpusiera entre la visión de la Catedral y los ojos nuestros en lo alto del monumento; el aire era del todo limpio.

Y el 17 de julio, el aniversario del general Obregón, iba el ejército a rendirle honores en el monumento. Iba caballería, infantería y artillería. Y se disparaban los veintidós cañonazos de rigor en honor suyo. Divirtiéndonos como siempre se divierten los niños: viendo soldados en acción.

Pero como te iba diciendo, mi mamá llevaba diez pesos al mercado, con los cuales tenía que comprar —además de comida— la tela para hacernos la ropa. Mis camisas, ella las cortaba y las cosía en su máquina Singer; lo mismo que la ropa de mis hermanas. A mi hermana mayor le hacían los vestidos de acuerdo con moldes de marca McCall's.

En ese mercado vendían unos pescados llamados carpas —no me acuerdo si asados o cocidos— que valían cinco centavos. Y que eran buenos de comer quitando la carne con los dedos de entre las espinas. También vendían *trompadas*, un dulce de la materia con que se hacen las charamuscas; valían dos por un centavo. El camote tatemado era camote con miel de piloncillo que se resolvía con la leche en un plato para desayunar.

Cocinábamos en bracerero, que era una hornilla donde se ponía el carbón y abajo estaba hueco. Allí se podía soplar con aventador o soplador de petate para que creciera la lumbre en la parrilla. Y sobre esa parrilla se ponían, por ejemplo, los frijoles a cocer en una olla de barro. Si alguna vez tienes oportunidad de cocer los frijoles en

olla de barro, verás qué ricos son. En olla *express* son completamente distintos. Allí guisaban la comida; generalmente una comida pobre: sopa de arroz, lo de en medio que incluía carne, a veces, y los frijoles. Y eso era todos los días. La fruta era alimento no usual.

Mi infancia estuvo llena de lo que son todas las infancias. Alguna vez corrí junto al tren de Cuernavaca, como jugando a carreras con él; no me acuerdo para qué lo hice, pero recuerdo que me dio placer. Puedo decir que he sido libre todo mi tiempo, porque mi trabajo —que siempre lo he tenido para ganarme la vida— no lo ocupaba todo. Hacer versos ha sido mi campo de libertad. Todo lo demás, lo he hecho por obligación o por costumbre. Entonces, mi infancia preparó esa libertad porque me facultó a hacer lo que me placía.

## II

Fui un niño muy enfermo. Se me declaró bronquitis crónica a los cuatro o cinco años de edad. Y esa enfermedad me debilitó para toda la vida. Nunca pude llegar a ser un hombre fuerte. Recuerdo que en 1936, el médico dijo que estaba muy enfermo y que si iba a la escuela podía causarme perjuicio; de tal manera que me prescribió descanso de un año. Y fue cuando compramos un perrito policía, Luxor, al cual le dio moquillo. El veterinario lo desahució como era debido. Yo llevé a ese perrito detrás

### RUBÉN BONIFAZ NUÑO

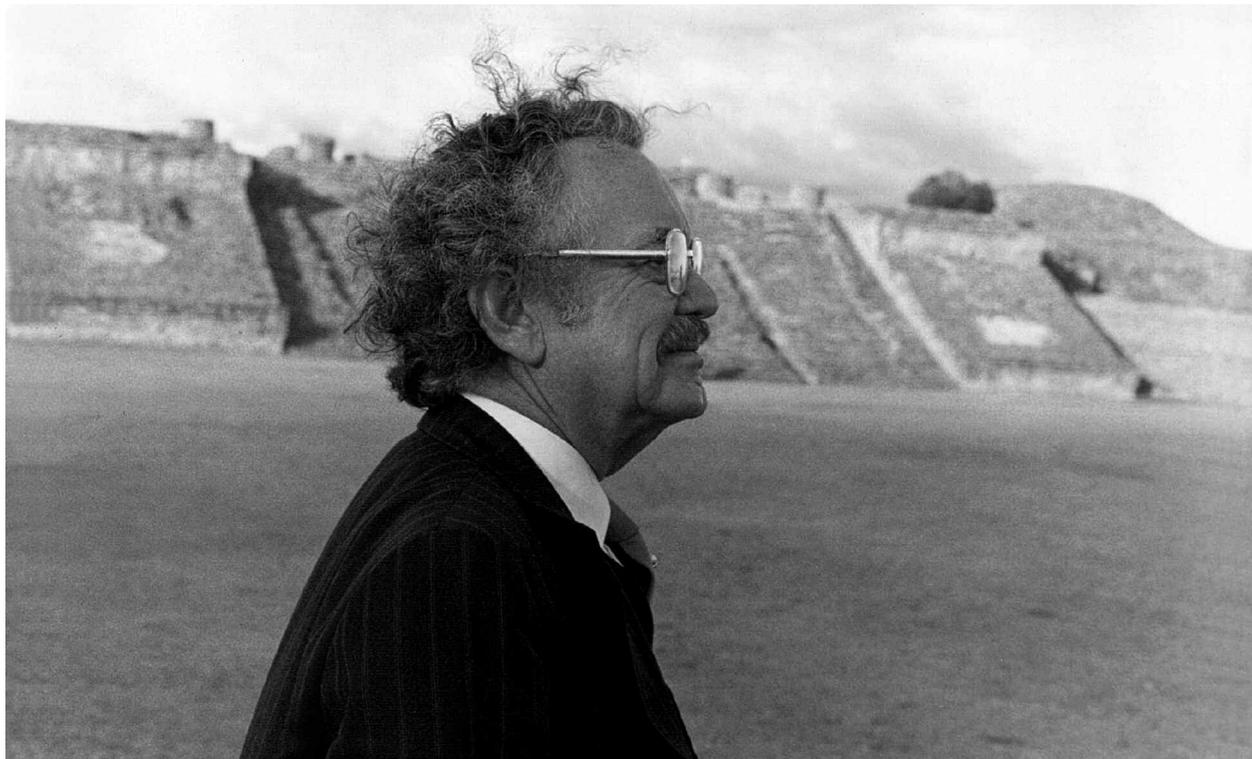
---

## DE OTRO MODO LO MISMO

---

*letras mexicanas*

FONDO DE CULTURA ECONOMICA



de un sofá de la sala. Y todas las tardes me iba a acompañarlo, a darle galletas pequeñas en la boca. El perrito tardó en sanar varios meses; nunca se alivió completamente. Murió, digamos, en 1939.

Como mi mamá se crió en Tapachula, siempre vivió en la casa como si fuera rancho. Teníamos pájaros enjaulados, gallinas en la azotehuela, gatos y perros, conejos y patos. Eso lo pudo hacer cuando mi papá se jubiló. La casa ya no la pagaba el gobierno; la rentábamos nosotros. Yo tenía doce o trece años. Mis animales preferidos eran los perros. En esa casa, que era chica, llegamos a tener tres perros. A Luxor, un gran danés y un perrito chiquito, corriente. Tuve un gato con la pinta muy rara que se llamaba Piropán. Y dos gatos negros con la nariz blanca; uno se llamaba Chirrín y era mi amigo. Y el otro no me acuerdo cómo se llamaba, creo que Farolero; eran hermanos. Piropán me pareció una palabra sonora, bonita. El último gato que tuve, ya de adulto, se llamaba Vishinsky.

Todos los animales se llevaban bien. Me acuerdo del perro policía sentado con las caderas en la parte alta de la escalera, y las patas de adelante tres escalones abajo; de tal manera que quedaba prácticamente horizontal y ¡con tres pollos sentados en el lomo!

De niño me entendía perfectamente con Alma. Jugué con ella a las muñecas. Los miércoles íbamos al cine Esperanza, en Coyoacán. Ese día daban programas para niños. Nos daban veinte centavos para ir y volver en el camión, pero guardábamos los cinco centavos de ida y, en el cine, nos comprábamos una torta con ese dinero. La entrada era a quince centavos, dos niños por un boleto. Ahí vi los primeros cortos animados de Walt Disney,

los del ratón Miguelito, de todas aquellas maravillas... Y también vi, del mismo Disney, los dibujos animados de *Tienda de loza*. Se trataba de una tienda en donde había figuras de porcelana que, durante la noche, cobraban vida. Y en una ocasión, pelearon unas con otras y amanecieron todas rotas y cuarteadas. Entonces el dueño, en lugar de ponerse triste porque había perdido su mercancía, simplemente, en el escaparate donde estaban las piezas de porcelana rotas, puso un letrero: Antigüedades.

Durante varios años, Olga, Alma y yo fuimos a la casa del doctor Magaña —tío de mi amigo Amílcar— a jugar y a oír la radio. Oí al Tío Polito, la pelea de campeonato de box entre Max Baer y Primo Carnera. El programa de Cri-Crí era de un cuarto de hora al día. Hay una multitud de canciones tuyas que recuerdo de memoria perfectamente, por la felicidad y curiosidad por vivir que me dieron. Las canciones de Gabilondo Soler son uno de los elementos básicos de mi experiencia literaria. Como aproximación a la poesía escuchada. La poesía no se escribe nunca para los ojos; se escribe siempre para las orejas.

Por la radio escuché las historias de *Rex de la Selva* —patrocinado por los calcetines y tobilleras Rex—, inspiradas en el personaje de Tarzán; de los libros de éste mi predilecto era *Tarzán el terrible*, por las aventuras misteriosas que nombraba. Tarzán llegaba a una región donde había bestias antediluvianas, el triceratops, el torodón, que era una especie de hombre de las cavernas. Y había una tribu de seres humanos peludos —pero no peludos como changos— sino como focas: con un pelo muy suave. Y había mujeres preciosas de aquella manera y todos tenían cola. Me impresionaba mucho que la mu-

chacha de la tribu peluda, que se llamaba los *was-don*, se cubría los pechos con dos cazoletas de oro, y la expresión *cazoletas de oro* me despertaba mucho la imaginación. Sin saber qué eran aquellas cosas me imaginaba los pechos de la mujer cubiertos con las cazoletas de oro.

En la radio, mi madre nos ponía a oír —cuando ya teníamos radio— ópera. *Rigoletto* y *Lucia di Lammermoor* son las que más recuerdo porque eran las que más le gustaban a ella. Era culta en cuestión de música. Y ya, oyendo la radio, ella conoció junto conmigo, las sonatas y las sinfonías de Beethoven. Allá por 1933 o 1936 llegó a la casa una pianola. Era un deleite tocarla. Después nos pusimos a aprender a tocar el piano. La que mejor lo tocó fue Alma; luego, Alberto. Yo lo toqué mal pero bonito. Llegué a tener un repertorio de unas veinte o veinticinco piezas. Había piezas que tocaba —según me dijo un maestro de piano muy notable— tan bien como cualquier profesional. Estudiaba el piano, tres, cuatro horas diarias, tranquilamente. Yo no tuve maestro; Alma, sí. Aprendí solo. Mi madre, posiblemente, me explicó la llave de sol y la llave de fa. Y deletreando las notas y tratando de entenderlas fue como aprendí a tocar.

Cuando vivíamos en la casa de la esquina, por las tardes mi mamá se sentaba en uno de los balcones con rejas de hierro, a coser y a bordar y a oír la música que tocaban en una tienda de discos que estaba enfrente. Alguna vez oyó una canción y me dijo:

—Pasa a preguntar cómo se llama esa canción.

Yo pasé y pregunté, y me dijo la vendedora:

—Yo no sé.

Me retiré. Y cuando iba atravesando la calle, me llamó y me dijo:

—La canción se llama “Yo no sé”.

*Yo no sé lo que me pasa...*

### III

El Jardín de San Jacinto era muy bonito y amplio. Tenía un gran portal cerca de donde se estacionaba el tranvía y tenía tres kioscos; uno junto a ese portal; uno al centro del jardín y uno detrás, cerca de la iglesia. El kiosco central estaba cercado por unas bancas metálicas donde la gente se sentaba los domingos a oír la música que allí se ejecutaba. En una esquina, enfrente del jardín, vivía yo. En una diagonal estaba lo que hoy es el Bazar del Sábado. En ese edificio estaba la escuela Galación Gómez, fundada por la Universidad; de tal manera que soy universitario desde los siete años de edad. Esa escuela estuvo solamente ese año ahí; no sé después qué se habrá hecho.

Mi mamá me enseñó a leer y a escribir en un libro al cual, por su autor, le decíamos el Rébsamen. Toda la primera parte estaba en letra manuscrita, en Palmer. Y

de repente, al terminarla, se podían leer letras de molde como si uno las hubiera estudiado antes. Y decía allí: *El gato bebe leche*. Me resultó maravilloso. Yo no tuve que hacer primero de primaria porque, como sabía leer y escribir y hacer las cuentas elementales de aritmética, pude entrar enseguida al segundo año.

Luego fui a la escuela Porfirio Parra donde estudié a partir del tercer año, en el Jardín del Carmen. Era un edificio muy raro con torreones como medievales. Después, la escuela se pasó a la calle de Juárez, donde está todavía, enfrente de una puerta de la iglesia de San Jacinto. La escuela tenía dos patios con aljibes, que eran muy misteriosos para nosotros los niños, y allí jugábamos en las horas del recreo.

Guillermo Sherwell es el autor del libro de *Historia de México* que estudiamos en tercero de primaria, donde se exponía el debido amor a los indios y el debido rencor a los españoles que tan mal nos habían tratado. Este libro también me instruyó sobre la patria.

En el Rébsamen había poemas dedicados a la bandera mexicana:

Es mi bandera querida  
verde, blanca y colorada;  
verde la esperanza amada,  
blanca la inocente vida;  
colorada, enrojecida  
es la llama del amor;  
es el patriótico ardor  
con que el niño mexicano  
debe llevar en la mano  
su pabellón tricolor...

Entonces no sabía lo que era una décima. Eso lo aprendí en la secundaria con Abreu Gómez. Nunca me pareció sorprendente aprender de memoria cuanto leía. Lo veía como cosa natural. Me imagino que todos en mi familia son así.

Recuerdo muy bien a dos maestras mías. Una que estuvo conmigo en la Galación Gómez, que se llamaba Juana Gutiérrez. Ella afirmó mis conocimientos elementales de gramática y aritmética. Y empezó a enseñarme un poco de la historia de México. Y a la maestra Elia Luz Márquez, mi maestra en tercer año; primero en la escuela de torreones y luego en el edificio normal. Quién sabe si ella viva todavía. En ocasiones llegó de visita a la casa de Frontera a platicar con mi mamá y con la familia. Y acordándose de cuando yo era su alumno, decía:

—Alumno como Rubén no tuve después...

En una época en que estuve enfermo, esta maestra, con su letra, me escribió lo que me faltaba en mi álbum; entregábamos un álbum con el curso completo.

A Elia Luz seguí tratándola durante un tiempo más o menos largo porque tomaba el mismo tranvía que yo.

Se sentaba a platicar conmigo, así es que llegué a conocerla muy bien. Conocí la vida triste de la maestra. Y debe haber muerto solitaria. Triste cosa que me duele mucho pensar también. Ella vivía en lo que es ahora la mitad del camino entre San Ángel y Mixcoac; se recorría ese tramo en unos cinco minutos de tranvía. Ese camino ahora está lleno de casas horribles. En aquella época estaba lleno de prados donde crecía la yerba salvaje. En algún tiempo del año, íbamos allí a cazar chapulines, que eran muy fáciles de agarrar de las patas de atrás cuando las juntaban.

En la casa donde estuvo la escuela Galación Gómez también estuvieron las oficinas de telégrafo donde yo, por la ventana, veía a mi padre trabajar. Cuando le llevé el certificado de primaria, que me acababan de dar en la escuela, me regaló una moneda de cobre de cinco centavos. Y después me regaló el primer traje que tuve. No recuerdo siquiera si lo usé. Mi papá era más bien alejado de las cosas de cultura, porque él había estudiado solamente un par de años en un seminario del cual se había salido porque no había manifestado ningún interés por la carrera de cura. Y él se dedicó a su trabajo, principalmente, lo que le impidió cultivarse a pesar de que le gustaba la música. De lecturas nunca hablé con él. Viví un poco separado. Mi mamá me lo mostraba como un ser más o menos aparte de la familia. Y no fomentaba que tuviéramos amistad con él, no sé por qué. Me duele siempre acordarme de mi papá y de lo que debí haberle hecho: entregarle el amor que le debía. No lo pude hacer. Y eso lo siento como un vacío en mi vida. De tal manera que yo sé poco acerca de lo que leía o hacía.

Además de las maestras que mencioné, recuerdo a un director, Betancourt, pero ya con él no tuve trato. Ese profesor le fue a decir a mi papá o a mi hermano mayor —no recuerdo a cuál de los dos porque Ángel era una especie de jefe suplente de familia, que decidía muchas de las cosas que en la casa se hacían— que Olga debía seguir estudiando porque tenía cerebro de hombre, ¡imagínate qué curioso! Se consideraba que una mujer no podía ser inteligente si no tenía cerebro de hombre. Pero mi hermano o mi papá se opusieron a que siguiera estudiando. Mis tres hermanas sólo estudiaron la primaria.

#### IV

A mí me tocó estudiar algunos años en la educación socialista de Lázaro Cárdenas. El Artículo 3° de la Constitución empezaba diciendo: “La enseñanza que imparta el Estado será socialista”. Y uno de los ritos de esta enseñanza era que, al rendir los honores diarios a la bandera, junto con el Himno Nacional, cantábamos “La internacional”, cuya letra decía:

Arriba, víctimas hambrientas.  
Arriba todos a luchar.  
Nuestra mente arde indignada,  
para el combate lista está.  
Destroceamos todas las cadenas  
de esclavitud tradicional  
y quienes nunca fueron nada,  
del mundo dueños hoy serán.  
A la lucha, proletarios,  
al combate final,  
que sea la raza humana  
soviet internacional.

Por eso, en el fondo de mi corazón, creí siempre en el comunismo ruso como la esperanza de la humanidad. Cuando me contaron que desaparecía el Partido Comunista de la Unión Soviética, yo sentí que me quitaban el suelo en donde estaba parado.

Estudiábamos en unos libros de texto que se llamaban *Simiente*. Tenían cuentos y leyendas especiales para infundir el espíritu socialista. Había uno donde estaban una nube grande y una nube chica paseando por el cielo, y decía la nube grande:

—Mira, en esta hacienda no debe llover porque es de un terrateniente que está explotando a los trabajadores.

Seguían a otro lugar y decía:

—Mira, aquí puede llover un poco porque es la propiedad privada y algo de bueno tiene. Porque es particular y sirve de alimento a poca gente, de tal manera que aquí puedes llover un poco de agua.

Y llegaban al terreno ejidal y decía:

—Aquí sí puedes llover. Porque es el terreno ejidal del cual el pueblo se alimenta.

En cada año escolar había un libro especial; ése que menciono lo debí haber estudiado en quinto o sexto de primaria. Y además había canciones como aquella:

Sol redondo y colorado  
como una rueda de cobre.  
Del diario me estás mirando,  
del diario me miras pobre.  
Me miras lazando un toro,  
ya luego arriando un atajo,  
pero siempre me ves pobre  
como todos los de abajo.  
Sol, tú que eres tan parejo  
para repartir tu luz,  
habías de enseñar al amo  
a ser lo mismo que tú.  
No que el amo nos hambrea  
y nos pega y nos maltrata  
mientras que en nosotros tiene  
una minita de plata...

O aquella canción con música de la *Obertura 1812*:

Viva la lucha proletaria que al caído trata de levantar y al déspota humillar. A los pies de la igualdad, viva la lucha libertadora, ideal látigo del burgués. Que la tierra y el capital sean de la comunidad.

Y ésta:

El albañil, con sus manos,  
mi casita fabricó;  
con mucho amor y cuidado  
en la obra trabajó.  
Sobre cimientos bien firmes  
las paredes levantó  
y, enseguida, buenos techos  
de cemento colocó.  
¡Gracias, amigo albañil!  
Porque me diste un hogar,  
quiero que tú seas feliz  
en otra vivienda igual.

Y varias cosas que podría yo recordar si no fueran ya demasiado aburridas. Ése era el tipo de cosas que estudiábamos en la primaria. En la vida normal no se notaba la diferencia; en mi casa todos seguían trabajando en los mismos empleos, con los mismos sueldos.

La educación socialista habrá servido para civilizar un poco a los mexicanos. Desde luego, a mí me civilizó. En ese momento aprendí que los patrones, los ricos, son ricos a base de explotar a los pobres. Actualmente tenemos al hombre más rico del mundo en México. Y hay cincuenta millones de muertos de hambre. Y el capitalista se ha vuelto cada vez más despiadado y está buscando a quién explotar más. Pueden venir a México a poner una fábrica pero si ven que les resulta más barato explotar a los chinos o a los africanos, no tienen ninguna piedad, y se llevan la fábrica a África o a China.

v

Déjame decirte que yo era un niño muy peleonero y muy valiente. Me peleé digamos —en la primaria y en la secundaria y hasta en la preparatoria— cuando menos veinte o veinticinco veces. Si alguien me decía algo, yo buscaba pleito inmediatamente. La cachetadita y nos vemos a la salida. Si eran varios, uno por uno, o todos juntos. Y siempre, absolutamente siempre, me pegaban. Con Ángel Bassols, compañero de la secundaria, me habré dado de moquetes una docena de veces, y siempre me ganó. Cuarenta años después le preguntaron:

— ¿Y cómo era Bonifaz?

Y él contestó:

—No sabía pelear, pero nunca se rajaba.

Ése es un lema que me gusta muchísimo: *No sé pelear pero nunca me rajo*. Eso sí me gusta y me gustaría que quedara.

No recuerdo haber ganado una sola pelea en mi vida. Siempre terminé con el hocico roto. El bigote me tapa las grandes cicatrices que tengo en los labios.

vi

A mi hermano Ángel le dieron, en la preparatoria, los libros verdes de Vasconcelos que se publicaron en 1921. Mis hermanos, Juan y Alberto, como grandes lectores que eran, me guiaron en la lectura. Inclusive, en medio de la pobreza, Juan veía la manera de comprarme libros y de regalármelos. El primer libro lo tuve a los seis años de edad, *Al Polo Norte* de Emilio Salgari. Por cierto, el primer tomo no contaba la historia completa porque la segunda estaba en un tomito que se llamaba *A bordo del Taymir*, que pude leer después porque no hubo manera de comprarme los dos libros al mismo tiempo. Juan me regaló también *Los naufragos del Liguria*, de Salgari, y *La heroína de Puerto Arturo*. Esos libros yo los leía sin dificultad a los siete años de edad. Leer no me daba ningún problema; por el contrario, era para mí cosa gustosa. De Alejandro Dumas, el primer libro que leí fue *Los*

Rubén Bonifaz Nuño

VERSOS

(1978-1994)

*letras mexicanas*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



*tres mosqueteros*, el cual le regalé a Amparo Gaos, y está fechado en 1934; tenía once años cuando lo leí.

Además, me hice amigo —en cierta forma porque yo tenía diez años, y ella era una mujer muy bella de más de treinta— de la bibliotecaria, de la biblioteca José Martí, en San Ángel. Ella se llamaba Beatriz García Nevárez. Esa biblioteca pública abrió mi campo de lectura. Primero estuvo en el edificio de la Delegación y luego se cambió al Jardín del Carmen, enfrente. Ahí completé mi lectura de Salgari, Alejandro Dumas y Julio Verne. Empecé a leer a Pérez Galdós y a Pedro Antonio de Alarcón.

A Victor Hugo lo empecé a leer a los quince o dieciséis años y fue un autor que amé mucho; lo primero que leí de él fue *Los trabajadores del mar* con el sacrificio que hace Gilliat, que es el personaje, cuando conoce que su prometida ama al pastor recién llegado. Entonces, él renunció a casarse con ella y se suicidó sentándose en una roca, en el mar. Y así murió: debajo de la marea cuando el mar había subido. Leí también *Nuestra Señora de París*, donde no entendí más que las aventuras porque después me enteré de que los mejores capítulos que tiene son “Esto matará aquello”; es decir, la imprenta matará a la religión y a las costumbres antiguas. Y el otro, *París a vista de pájaro*, donde Victor Hugo describe cómo era París en aquel tiempo y parece que con gran verdad. Y naturalmente los capítulos me aburrían a mí muchísimo. Y, después, un libro que no puedo decirte que leí sino que estudié: *Los miserables*. Todavía, en este momento, me puedes preguntar de cosas de *Los miserables* y es posible que yo te lo conteste porque lo leí verdaderamente con amor, entendiendo la mayor parte del libro: los dolores y tristezas de las gentes y las alegrías desperdiciadas, no aprovechadas; las traiciones, la dureza de

los funcionarios; es decir, lo que se puede leer en *Los miserables*. Y la grandeza de corazón, de generosidad implacable, de Jean Valjean, el personaje central.

Entre los libros verdes de Vasconcelos hubo dos que me fascinaron desde el principio, *La Ilíada* y *La Odisea*, de Homero, cuando estaba en sexto de primaria, en 1935. A mis doce años de edad, sabía de memoria muchos párrafos de *La Ilíada* en la versión de Segalá y Estalella. Inclusive ahora, cuando quiero citar *La Ilíada*, no la cito por mi traducción sino por la de Segalá. Ése fue el tiempo donde yo me enamoré de *La Ilíada*. Y la leí con el mismo sentido que leí *Al Polo Norte*, *Los tres mosqueteros* y *Las ruinas del rey Salomón*, como novela de aventuras.

Con gran gozo leí *Cuentos* de Tolstoi, *Las vidas ejemplares* de Romain Rolland; principalmente la de Beethoven porque en ese tiempo empecé a oír música; leí también los Evangelios... En mi casa nadie me guiaba las lecturas. Los libros los tomaba del cajón del mueble en donde estaban —no teníamos librerías— y los iba leyendo. Quise leer las *Enéadas* de Plotino que estaban en la colección de Vasconcelos y no pude entenderlo, naturalmente. También leí *La luna nueva* de Tagore, que me entusiasmó.

Pero los que a mí me formaron son los libros de aventuras. Porque en ellos encontré el modelo de la vida. Cuando Michel Zevaco escribe que Pardaillan tiene una espada que se llama *Granizo* y se enfrenta con una decena de malandrines y se ve cómo los va venciendo uno a uno, y, ya vencidos, dice: “Con amplio ademán desenvainó a *Granizo*”; es decir, que todo lo hizo con las manos. Imagínate cómo era ese hombre. O los personajes de Haggard; por ejemplo, Umlopogaas, “el guerrero zulú” cuando él solo defiende contra un ejército

la escalera de Milosis, en una escena gloriosa comparable a las de Homero. Extraño releer los libros de aventuras... Concretamente, extraño uno que leí en inglés, pero que me gustaría mucho leerlo otra vez, es de Rider Haggard, *Eric Bright Eyes*. Lo leí a los cuarenta años. Alguna vez que tengas tiempo, búscate una traducción al español que se llama *Eric Ojos Brillantes*.

Mi mamá me llevó a la lectura del libro de aventuras quizá más importante, *Las minas del rey Salomón* de Rider Haggard. Lo encontré en la biblioteca pública de San Ángel en una traducción pésima, como sé ahora, que lo he leído muchas veces; en inglés, inclusive. Pero aun así, alcanzaba a ser totalmente seductor. Ese libro terminé de leerlo a las diez de la noche, ya sin permiso; no podía dejar de leerlo. Es una aventura totalmente heroica. Diré una de las cosas que me seducen, actualmente, de ese libro: son tres aventureros ingleses que, de repente, están mezclados en una lucha de tribus negras en una región perdida de África. Va a batirse uno de la tribu con la otra y ellos están de parte de una de éstas. En la víspera de la batalla se pasean los tres ingleses por el campo y ven a los soldados arreglando sus armas; unos, dormidos; otros, platicando junto a las hogueras. Pienzan en la batalla del día siguiente y dice uno de ellos:

—Pues de veras que nos hemos venido a meter en un asunto feo —la palabra que usan es *awful*.

—Sí. Y lo malo —dice otro— es que no tenemos nada que ver en el asunto.

—Sí. Y lo peor —dice el tercero— es que mañana vamos a tener que estar, los tres, en lo más duro de la batalla para conservar un nombre honorable.

Y la pregunta que se tiene que hacer uno es: “¿Nombre frente a quién?”. Y la única respuesta es ésta: Frente a sí mismos. Si voy a combatir, tengo que estar en lo más duro de la batalla. Si no, no combato, no vale la pena. Me vine a meter en este asunto *feo* —en el cual no tengo nada que ver— pero mañana voy a combatir y tengo que combatir en lo más terrible de la batalla, arriesgando la vida hasta el extremo para conservar, frente a mí, la conciencia del propio honor. Esa novela fue el primer libro de aventuras al cual me alentó mi mamá. Me dijo que no dejara de leer ese libro. Ella era una gran lectora de las novelas románticas de Victor Hugo y Alejandro Dumas. Como lectura para mujeres, les hacía leer a mis hermanas *María* de Jorge Isaacs. Y obras de Dora Torne y Carlota Braeme.

*El Quijote* lo leí en edición facsimilar. De tal manera, que antes de cumplir trece años, entendía perfectamente la grafía de las letras del siglo XVI en España. Nunca confundí la “f” con la “s”. A pesar de que la “s” era larga y vertical. Lo leía con soltura. Lo leí completo en la secundaria, en una edición de Calleja, que estaba en la casa. Esas lecturas me sirvieron para tener una ortografía prácticamente perfecta. En la primaria había dos materias:

lectura en silencio y lectura en voz alta. Y se trataba de investigar si el niño entendía lo que leía. Naturalmente, en eso yo era muy ducho porque entendía a la perfección lo que estaba leyendo. Y lo podía leer en voz alta y podía marcar la acentuación y la entonación.

El primer poema que conocí fue la rima LIII “Las golondrinas”, de Bécquer. Mi mamá la cantaba con una música muy bonita que recuerdo y que, desgraciadamente, cuando yo me muera, se va a perder.

Volverán las oscuras golondrinas  
De tu balcón sus nidos a colgar.  
Y otra vez con el ala a tus cristales  
Jugando llamarán;...

Y el primer libro de versos que tuve fue *Rimas y leyendas* de Bécquer que, en la colección Austral, mi hermano Juan me regaló cuando cumplí quince años. Bécquer fue el primer poeta que leí completo; lo entendí bien cuando era ya experto en literatura, pero me sedujo desde el principio, traté de imitarlo cuando hacía mis primeros versos. Están perdidos todos, afortunadamente...

Esos libros que menciono los guardé durante toda mi vida. Cuando Vicente Quirarte era director de la Biblioteca Nacional, me dijo que por qué no le daba los libros con que me había formado para guardarlos en un librero especial, en esa Biblioteca. Y naturalmente traje varios de los que arriba he mencionado.

## VII

Y en la secundaria ya la vida cambió de muchas maneras, porque ya tenía que tomar el tranvía, obviamente, para ir a la secundaria número 10, que está en Mixcoac. Ahora lleva el nombre de Leopoldo Ayala que era su director cuando estudié en ella. De la escuela secundaria recuerdo como maestros a Atala Mendoza Garibaldi, una muchacha que enseñaba gramática; después, en alguna librería de viejo, encontré un libro de cuentos de ella. A Teodoro Santacruz, el maestro de matemáticas, que enseñaba trigonometría, quien me pasó por limosna, no por otra cosa. Y a Ermilo Abreu Gómez, que durante el tercer año de estudios, abrió para mí el mundo literario del Siglo de Oro español. Era un maestro de literatura verdaderamente maravilloso. Y ese año, 1939, fue el aniversario de la muerte de Ruiz de Alarcón. Eso se conmemoró mucho en las escuelas y sirvió para que Ermilo nos introdujera directamente en la poesía dramática española del siglo XVII. A través de la literatura dramática nos llevó a la lírica. Leí por primera vez los sonetos de Góngora, Quevedo y Garcilaso, Fray Luis de León, a quien no pude comprender hasta que supe latín, porque la len-



Rubén Bonifaz Nuño en la casa de Alfonso Reyes, 1983

gua de Fray Luis está metida en el origen de la lengua. Empezamos a leer de acuerdo con las lecciones que nos había dado acerca de lo que eran el conceptismo, el culteranismo y el clasicismo. Lo simplificaba de esta manera: Conceptismo, fondo mayor que forma, Culteranismo forma mayor que fondo; Clasicismo forma igual a fondo. Nos enseñó la diferencia, por ejemplo, entre Góngora y Quevedo; para simplificarlo: “En Quevedo predominaba el fondo sobre la forma; en Góngora predominaba la forma sobre el fondo”. Nos enseñó también cómo había entrado el verso italiano en España, primero con Boscán y luego, definitivamente, con Garcilaso de la Vega, creador de las liras.

Y también nos enseñó el teatro español. Nos dejó leer *La verdad sospechosa*, de Ruiz de Alarcón. De Calderón de la Barca leí *La vida es sueño* y de Lope de Vega leí *Fuente Ovejuna*.

De la secundaria recuerdo haber tenido un solo amigo íntimo, Gilberto García Vázquez. Recuerdo haber conocido ahí a la muchacha, a la mujer de quien he estado más puramente enamorado en toda mi vida. Estaba en un año superior al mío. Ella fue la reina de la simpatía o de la belleza de la escuela. Se llamaba Victoria; ese nombre siempre lo recuerdo con mucho gusto. El apellido lo recuerdo también, pero no lo digo. Era húngara. Una belleza rubia. Los ojos verdes. Con un cuerpo —ahora que sé de eso— maravillosamente formado. No tenía defecto físico esa mujer. Ella también iba a la biblioteca de San Ángel. Y yo estaba leyendo en una mesa cuando ella entró y me dijo esta maravillosa palabra:

—¡Quiúbole!

Desde ese momento me enamoré de ella.

No ha pasado día de mi vida sin que yo piense en esa mujer. Pero a veces trato de recordar su rostro y no

puedo. Tal vez si yo le hubiera hablado de amor me hubiera correspondido, pero yo era muy tímido. Tomaba el mismo tranvía que yo. Se sentaba junto a mí a platicar. Y recuerdo la experiencia —la única con quien he tenido esta experiencia— de verme reflejado en sus ojos. Ella pasó a la Normal de maestros. Y ya cuando era estudiante de Derecho, me permitía tomarla del brazo por las calles del Centro. Ay, todavía esta mano izquierda se conmueve cuando la evoca. Así la tomaba del brazo y platicaba conmigo muy a gusto. Le hice versos, que tampoco recuerdo. Es la mujer de la cual siento más claramente haber estado enamorado. Porque después he amado a muchas. Pero estar enamorado, el hecho, el sentimiento, lo recuerdo con Victoria. Ella fue más que musa. Ella no me inspiraba versos, sino que me inspiraba vida. Me inspiraba alegría. Verla, tomarla del brazo, era un gozo indecible. Era el puro deleite. Porque no la veía por sistema sino por casualidad, cuando me encontraba con ella. Siempre me consintió mucho. Fue muy, muy buena conmigo. Si no fuera presumir diría que estuvo, inclusive, un poco enamorada de mí...

Cuando uno se vuelve profesional, se aclara que las mujeres no son musas sino que uno está escribiendo con un pretexto. Si yo recuerdo un libro de amor, por ejemplo, *El manto y la corona*, evoco perfectamente a la mujer, que era mi amante en aquel tiempo. Y la sensación era estar completo. Íntegro. De hacer pareja con aquella mujer. De extrañarla a cada momento. De sufrir muchísimo cuando ella tenía amores con algún otro. Conocí los celos que son una cosa atroz. Yo escribía los versos para enamorarla. La veía, como he visto siempre a las mujeres: inalcanzable. Para tratar de acercarme a ella le escribía los versos. Eran, naturalmente versos de amor, donde yo le decía lo que sufría y lo que gozaba con ella.

Fui atrozmente tímido. Seguí sintiendo vergüenza de mí mismo hasta muy mayor. Fue una cosa que me hizo la vida triste; digamos, infeliz. Por mi incapacidad de acercarme a la gente, de platicar naturalmente con ella. Fui, repito, asquerosamente tímido; eso se me curó como a los cuarenta años. Cuando tú me conociste ya hablaba yo de todo, aunque no me preguntaran. La vergüenza se me quitó sola. Seguramente me di cuenta de que las gentes no eran tan tremendas como yo me imaginaba.

Curiosamente, cuando los jóvenes poetas me preguntan si tengo una lección que darles, les digo: “No tengas vergüenza cuando vas a escribir; si tienes vergüenza ya no puedes escribir”. Si estoy escribiendo un verso, no tengo vergüenza absolutamente de nada. Bueno, sí, tengo vergüenza de escribir palabras chocantes, de defectos técnicos.

En la secundaria conocí también a Fausto Vega, con quien he compartido la vida, y que es, sin duda, el mejor de mis amigos.

Pregúntame lo que quieras, despierta mis recuerdos. ▣